

EN BUSCA DE LA AUTOSUFICIENCIA ALIMENTARIA PERDIDA

Luz Elvia García Ramos

ANTECEDENTES

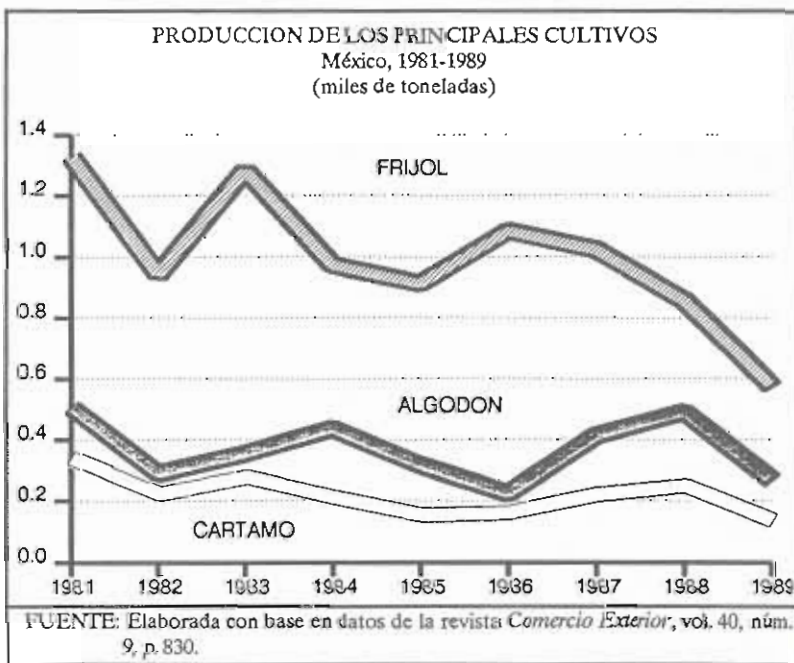
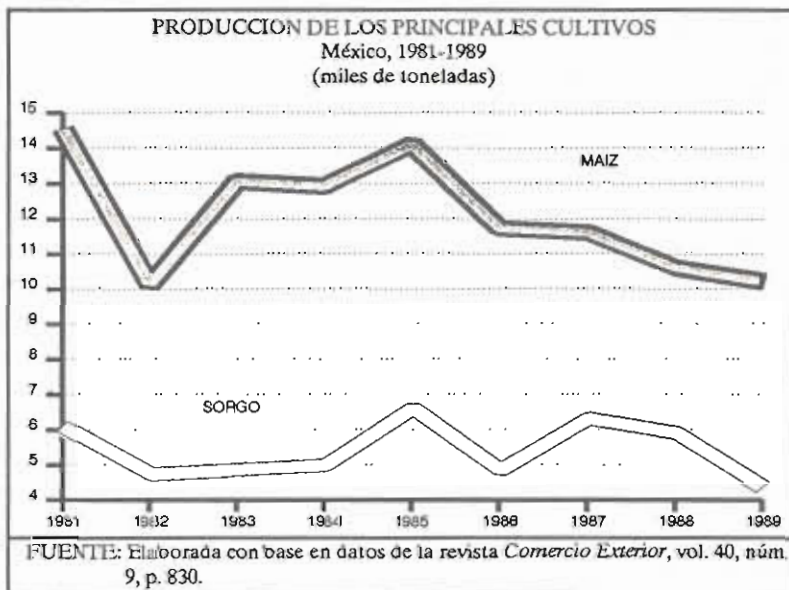
Cuando se escucha la frase "pérdida de autosuficiencia alimentaria", lo primero que se piensa es en la incapacidad del sector agropecuario para producir los volúmenes necesarios de alimentos que satisfagan las demandas de la población mexicana.

El problema de la producción y el consumo de alimentos básicos en México presenta, desde hace algún tiempo, características de gravedad extrema. A partir de la década de los años ochenta el asunto se ha tornado tan agudo que se ha tenido que recurrir a la creciente importación de productos agrícolas; en 1990 estas importaciones fueron de aproximadamente 12 millones de toneladas de granos básicos.

Dos elementos dieron lugar a este fenómeno de pérdida en la autosuficiencia alimentaria; por un lado, el crecimiento de la población que, a pesar de que disminuyó respecto a las décadas anteriores, seguía representando incrementos significativos, sobre todo si se le compara con el comportamiento en los países desarrollados. Y por otro, la caída de la producción agrícola, sobre todo de los diez principales cultivos que representaban aproximadamente el 80 por ciento del total del sector y cuyo monto de producción bajó 20 por ciento aproximadamente entre 1981 y 1989.

Se ha insistido en explicar la caída de la producción agrícola por la disminución de los subsidios gubernamentales a los insumos de este sector (fertilizantes, semillas, créditos, etcétera), lo cual había provocado severos encarecimientos de los mismos. Ello, a su vez, había sido el resultado de una drástica disminución del

gasto público dedicado al fomento agropecuario el cual, de representar 19 por ciento del total en 1982, pasó a sólo 6 por ciento en 1987; esto es, una disminución cercana al 70 por ciento. Hasta en 1989 pa-



recía que la estrategia hacia el sector agrícola iba a ser la misma que en el sexenio pasado y todo indicaba que la crisis del campo, que ya era una realidad, seguiría agudizándose. Sin embargo, algunos acontecimientos de carácter internacional han puesto de manifiesto la importancia de la autosuficiencia alimentaria como objetivo prioritario de política económica del país.

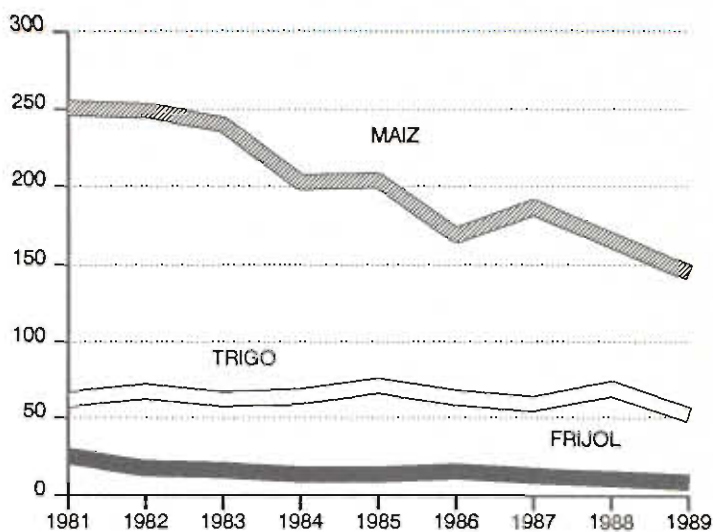
Como respuesta a la gravedad del problema, el 23 de agosto de 1990 se anuncia la nueva estrategia que adoptará el sector agropecuario, la cual contempla no sólo el aspecto de la producción de alimentos básicos, sino también el apoyo que dará el Estado para incrementar los niveles de consumo de la población más empobrecida y con más acentuadas diferencias nutricionales. Esta estrategia tiene dos objetivos básicos: por un lado, recuperar la autosuficiencia alimentaria perdida y, por otro, lograr una mejor distribución de los alimentos más nutritivos, esto último aun a costa de subsidiar el consumo de la población de más bajos ingresos del país.

PROGRAMA NACIONAL DE ALIMENTACION 1990-1994

A partir de la Encuesta Nacional de Nutrición realizada en 1988, el nuevo programa establece que 29 por ciento de los niños menores de cinco años padecen alto grado de desnutrición. La desnutrición, según el plan, es más severa en las zonas rurales y urbanas marginadas donde el consumo calórico equivale, en promedio, al 65 por ciento del mínimo recomendable y el de proteínas al 75 por ciento del nivel requerido. En estas circunstancias, según el programa, la mayoría de la población marginal no alcanza el mínimo recomendable de 2 100 kilocalorías de consumo diario. Por otra parte, los datos de ingreso-gasto son utilizados para definir el cuadro básico de alimentos estratégicos propuestos por el plan, entre los que se encuentran: el frijol, el trigo, el arroz, las semillas oleaginosas, carnes, leche y huevo, así como productos del mar.

El programa también plantea la necesidad de instalar un sistema de vigilancia estricto que apoye su

DISPONIBILIDAD PER CAPITA DE LOS PRINCIPALES CULTIVOS
México, 1981-1989
(kilogramos por habitante)



FUENTE: Elaborada con base en datos de la revista Comercio Exterior, Vol. 40, núm. 9, p. 831.

ejecución y logre los objetivos de distribución, consumo y el mejoramiento de las condiciones nutricionales; esto último bajo el esquema de programas educativos sobre higiene y forma de cocinar, tratando de rescatar la cultura alimentaria. La población objetivo se constituye por la población de bajos recursos, especialmente los niños, mujeres gestantes y lactantes, y ancianos. En suma, el programa se propone que en el mediano plazo toda la población tenga acceso a una alimentación adecuada, elevando así su desarrollo y nivel de vida.

Con respecto a la producción, el proyecto propone apoyar la modernización del campo, estimular los cultivos de frijol y maíz, y aumentar la producción y productividad tomando en cuenta el potencial de la tierra. En el mismo sentido se establece que esta estrategia permitirá la autosuficiencia alimentaria, a fin de frenar las importaciones de granos básicos para el periodo 1990-1994.

ASPECTO CUALITATIVO DEL PROGRAMA NACIONAL DE ALIMENTACION

Es muy pronto aún para hacer una evaluación a fondo sobre el Programa Nacional de Alimentación; sin

embargo, se pueden destacar *a priori* algunos aspectos positivos. Por principio de cuentas la estrategia planteada por el programa parte de un reconocimiento explícito por parte del Estado de la actual crisis agrícola que amenaza con convertirse en un problema endémico, dada su permanencia por casi más de dos décadas. Es también un mérito de este instrumento reconocer la grave situación de dependencia alimentaria que la propia crisis agrícola ha provocado sobre todo en productos tan estratégicos para la dieta nacional como los granos básicos. Por otro lado, el Programa Nacional de Alimentación no sólo contempla la forma de lograr incrementos en la producción agrícola, sino también establecer las acciones necesarias para llevar a cabo la transformación, comercialización, distribución y consumo de alimentos con estabilidad de precios. Es preciso señalar también que de una u otra forma el Programa Nacional de Alimentación se encuentra estrechamente vinculado con el Programa Nacional de Solidaridad en la medida en que ambos persiguen las mismas prioridades alimentarias y nutricionales, aunque en la práctica deberán hacer uso de mecanismos diferentes.

Sin embargo, existen tres puntos para los cuales el programa no ofrece una solución profunda y suficiente, aunque sí las considera. Estos problemas son obstáculos que en el fondo representan posiciones políticas y por tanto su posible solución no puede alcanzarse con medidas administrativas. Por un lado, los problemas de centralización de las decisiones a que da origen todo proceso de programación nacional, por otro, el añejo problema de la tenencia de la tierra, y finalmente, el fenómeno de intermediarismo comercial y financiero en el sector agropecuario.

La centralización de las decisiones es una característica inherente a todo proceso de planificación y, aunque para algunos aspectos puede ser considerado una ventaja, en otros se convierte en un serio obstáculo que origina burocratismo y decisiones de escritorio con poca sensibilidad de las especificidades regionales y locales que presenta la realidad agraria.

La problemática de la tenencia de la tierra está relacionada estrechamente con estructuras de poder anacrónicas que el sistema político ha sido incapaz de romper, básicamente porque persiste el mito de que son herencias del movimiento de la revolución mexicana y que modificarlas provocaría conflictos tan graves que podrían significar serias desestabilizaciones en el propio sistema político mexicano. Sin embargo, el conflicto de la tenencia de la tierra está en el fondo del problema de baja productividad agrícola, y cualquier programa que no lo enfrente en forma clara estará evadiendo una de las principales dificultades del campo mexicano.

El fenómeno de la intermediación financiera y comercial de los productos agropecuarios, que a pesar de los esfuerzos gubernamentales sigue siendo un serio obstáculo para el desarrollo del sector, significa en el fondo la falta de capacidad de organización de los campesinos, que a su vez se encuentra estrechamente vinculada a sus bajos niveles culturales.

Finalmente, es claro que la decisión más difícil y novedosa del Programa Nacional de Alimentación consiste en cambiar la política de precios realistas y subsidios directos al consumo de las clases de bajos ingresos. Esta decisión debería ser meditada y analizada en forma más detallada porque su puesta en práctica puede ser desastrosa para el propio sector agrícola y también para las capas más desprotegidas de la población. Para nadie es desconocido que la política de subsidios al campo es utilizada en países desarrollados en forma estratégica y profunda y no existe razón para que no siga siendo utilizada en México, ya que, en el fondo, ahí radica la llave que puede dinamizar la producción de este sector y propiciar la autosuficiencia alimentaria perdida.

En este momento, el Programa Nacional de Alimentación se encuentra ante la alternativa de convertirse en el proyecto político que permita avanzar en la transformación que se desea o quedar en un mero programa administrativo, que permita continuar con la creciente crisis alimentaria. ☐